

Aprovechó a los "Partidos Paraestatales"

4-10-89

El Cardenismo en el Purgatorio

- ★ Es Momento de Desechar la Escoria, Quitar lo Inútil
- ★ Ha Probado el PAN ser un Auténtico Partido Político
- ★ Se Requiere Ahora una Opción de Centro-Izquierda

LORENZO MEYER

Me es imposible saber si, efectivamente, en el más allá hay o no un purgatorio, pero no me cabe duda de su utilidad cuando semejante institución aparece en el más acá.

Tanto para los individuos como para las colectividades, los tiempos malos son situaciones penosas pero potencialmente útiles, pues ayudan a eliminar lo accesorio en favor de lo esencial, purifican y templan el carácter. Las épocas de vacas flacas son escuelas de madurez.

Es claro que estos son los malos tiempos del cardenismo. Las rupturas internas de esa coalición que el año pasado se colocó como la segunda fuerza electoral del país pese a la acción en su contra del gobierno, son obvias para todos. Sin embargo, con una mezcla de buena suerte, inteligencia y voluntad, las penalidades de hoy pueden ser, no el principio del fin para la oposición de centro izquierda, sino su difícil pero necesario purgatorio para lograr cohesión interna. Es este el momento de quemar la escoria, deshacerse de lo inútil para quedarse únicamente con lo central, lo importante.

El Cardenismo en el Purgatorio

Sigue de la primera plana

El cardenismo supo aprovechar muy bien en el momento de su nacimiento a los llamados con toda justicia "partidos paraestatales", es decir, al PST, al PARM y al PPS. Se trataba de estructuras semivacias de contenido social que el régimen había creado o mantenido con vida para dar la apariencia de un pluralismo político, pero sin tener que correr los peligros que todo pluralismo real representa para un autoritarismo como el nuestro.

La llamada Corriente Democrática del PRI adquirió el año pasado el carácter de oposición viable, gracias a que esos partidos formales pero no reales le prestaron un refugio indispensable: su registro. El préstamo fue espléndidamente pagado el 6 de julio pasado, cuando la fuerza social despertada por el cardenismo les dio contenido electoral a los que hasta ese momento habían sido meros memebretes. Recibieron entonces el PST transformado en PFCRN, el PARM y el PPS, millones de votos que no hubieran logrado de otra manera. Esos votos se tradujeron entonces en curules y más adelante en una parte proporcional del subsidio que el gobierno está obligado por ley a dar a los partidos con registro.

Todos salieron ganando, pero hoy viene el reflujio de la euforia electoral del pasado inmediato y las diferencias entre los aliados ocasionales vuelven al primer plano. Ahora, el mantenimiento de la frágil unidad del FDN hace que todos salgan perdiendo. Y qué bueno que así sea. Hoy por hoy, el proyecto político nacional más importante es la construcción —por primera vez en la historia de México— de un sistema real de partidos. El PAN ha probado ser un auténtico partido y se ha ganado desde hace tiempo el derecho de representar la alternativa de centro derecha. El partido del Estado ocupa desde su nacimiento el centro del espectro político; por tanto, lo que hace falta para dar contenido y equilibrio a la ansiada pluralidad mexicana es un verdadero partido de masas de centro izquierda. Un partido ca-

paz de encauzar de manera efectiva y constructiva, civilizada y democrática, el potencial con que puede contar un proyecto político basado en la posibilidad de encauzar el proceso de crecimiento económico dentro de marcos de equidad y justicia.

El cardenismo puede ser la fuerza que llegue a dar forma a ese partido político de izquierda que reclama el proceso de modernización mexicana.

Sin embargo, antes deberá quitarse de los hombros el lastre que debió necesariamente cargar para establecer su credibilidad en las pasadas elecciones nacionales. La importancia de la meta histórica del cardenismo no permite seguir con las ambigüedades del pasado. El lamentable acto del 18 de marzo en el zócalo de la ciudad de México, donde el P.F.C.R.N. intentó con oportuno burdo mezclar el proyecto de la oposición de izquierda con el de una supuesta "ala progresista" del PRI no tuvo, en sí mismo, mayores consecuencias, pero no debe volver a repetirse, por ridículo e innecesario.

La tarea de la construcción de un partido de izquierda democrática es demasiado seria como para otorgar un papel central a quienes desde hace tiempo son meros pies de página en esta historia: los partidos paraestatales. Si el cardenismo necesitara ahora de esos partidos y de sus dirigentes para sobrevivir, entonces es claro que no sería el cardenismo la fuerza indicada para encabezar el proyecto de la izquierda democrática.

Desafortunadamente el purgatorio que nos ha de probar si el cardenismo es una fuerza de largo aliento o una mera manifestación política coyuntural y sin trascendencia histórica, no se reduce a deshacerse de la escoria. Está, además, el grave problema que representa la formulación de un proyecto de gobierno —de vida colectiva dentro de una estructura clara de derechos y obligaciones— que sea una alternativa a la vez atractiva y viable, a lo que nos ofrecen el centro gubernamental y la derecha panista. La negación

de lo que es hoy el príncipio —antidemocracia, corrupción, desigualdad social creciente, debilidad ante el exterior, caída del nivel general de vida, disminución de la movilidad social, arbitrariedad burocrática, inseguridad, etcétera— está bien como punto de partida de un movimiento de oposición, pero a la larga un partido que se considere una alternativa real de gobierno no puede hacer descansar su programa político en los errores de sus antagonistas. Debe ir más lejos, y proponer esa paradoja que está en el corazón de todo movimiento político con éxito: la utopía realista.

Desafortunadamente estos son malos tiempos para las utopías de izquierda. El llamado "socialismo real" se encuentra por doquier en crisis. Desde la Unión Soviética hasta China, pasando por toda la Europa Oriental y sin descontar a Cuba, el proyecto comunista original no ha dado en la práctica ni democracia política ni eficiencia económica. Hoy no se puede menos que sonreír —con amargura o con sorna, según la preferencia ideológica— al recordar aquella confianza que alguna vez mostrara Nikita Krushev, cuando aseguró que el socialismo soviético iba a enterrar al capitalismo norteamericano, y no mediante un absurdo conflicto nuclear, sino con base en la productividad y eficiencia económicas. Ese sueño está hoy hecho polvo.

Los soviéticos y el mundo socialista en general aún tienen que demostrar que el viraje que están dando —la perestroika, el glasnost— tienen la viabilidad de la que ya carecen conceptos como el "centralismo democrático", "colectivización", "economía centralmente planificada", etcétera. En la práctica aquí en México o en la URSS, la burocracia estatal no ha resultado más eficiente que la burguesía en su papel de directora de empresas y creadora de riqueza pero en su corrupción y voracidad ambas se parecen como la copia al original.

Y la lista de problemas por resolver sigue. Ade-

más de su relación oportunista con los partidos paraestatales, y de la dificultad de dar forma a un programa de izquierda creíble cuando el pensamiento de izquierda está en crisis en todas partes, el cardenismo tiene que decidir si debe y puede absorber e incorporar en su seno sin daño irreparable para su vocación democrática, a los herederos del partido político más antiguo de México pero enteramente ajeno a la democracia política: el viejo Partido Comunista Mexicano, hoy PMS. Los cuadros del PMS son unos de los más profesionales con los que hoy cuenta el cardenismo, ¿pero hasta qué punto Cuauhtémoc Cárdenas y los líderes que realmente reciben de los electores los votos que el PCM-PSUM-PMS nunca obtuvo, podrán controlar los viejos impulsos de sus peculiares aliados?

En resumen, el cardenismo aún tiene que decir con números y nombres a los ciudadanos que en julio pasado le dieron su voto y a todos los mexicanos en general, cómo se propone desarrollar a nuestro país en caso de lograr el poder. Cómo hacer viable a un México con una demografía desbocada, con carencias y distorsiones monstruosas de afeja o nueva factura, con deuda externa impagable pero completamente dependiente de un mundo dominado por el realismo brutal de las grandes potencias neoconservadoras: Estados Unidos, Japón, Alemania.

El medio del fracaso del socialismo real y de muchos movimientos de izquierda en países no socialistas (¿dónde está, por ejemplo, el otro poderoso Partido Comunista Francés?), el cardenismo tiene que construir un programa, a la vez, realista y comprometido la idea rectora de toda izquierda: la lucha por la equidad y la justicia.

En fin, se puede estar en favor, en contra o ser indiferente al cardenismo. Lo que no se puede negar es que el reto al que se enfrenta es enorme, y que su éxito o fracaso frente a tal reto va a ser determinante en la evolución futura de México. Sin una izquierda democrática y fuerte, la equidad y la justicia seguirán alejadas de la tierra mexicana.